

en el Libro del Génesis que también recibe las revelaciones divinas mientras duerme y es forzado a ir a Egipto. Por último, las descripciones de Lucas de Zacarías e Isabel, los padres de Juan Bautista, están tomadas casi al pie de la letra de la descripción del Antiguo Testamento de Abrahán y Sara.

No hay que extrañarse de este procedimiento para nosotros hoy tan singular que se ha denominado «historia teológica»: existían en la Antigüedad muchos modelos y precedentes para ello. Una vez que pasados los años se conocía la grandeza de tal o cual personaje, se confeccionaba a base de tradiciones más o menos fiables, o incluso de leyendas, una historia de su nacimiento en la que se ponían de relieve las circunstancias prodigiosas, maravillosas, divinas, del tal nacimiento. Así ocurrió con el rey persa Ciro (narración compuesta por Heródoto), con Alejandro Magno (por Plutarco), o con el filósofo, predicador ambulante y taumaturgo Apolonio de Tiana (por Filóstrato).

7.2. *Los relatos de la resurrección.* Los análisis de múltiples comentaristas han puesto de relieve entre otras las siguientes divergencias:

- La recogida del cadáver de Jesús es concedida por Pilato (Mt, Lc, Jn); en Mc es el centurión quien otorga el permiso.
- Las escenas, los personajes y las acciones de los momentos posteriores a la resurrección son diferentes, según cada evangelista:

— En Mc tres mujeres van a ungir el cuerpo de Jesús; no hay mención de ningún terremoto; la piedra de la entrada está ya removida; aparece un joven dentro del sepulcro; no hay mención de guardias romanos; las mujeres, a pesar de recibir un mensaje del joven (ángel), no avisan a nadie, por miedo.

— En Mt son dos las mujeres que van al sepulcro; se produce un terremoto; un ángel descende del cielo, remueve la piedra del monumento funerario y se dirige a las mujeres anunciándoles la resurrección; los guardias romanos quedan como muertos; el sanedrín soborna a los soldados para que mientan.

— En Lc las mujeres son tres, pero la tercera no es Salomé (Mc) sino Juana; no hay mención del terremoto ni de los soldados romanos; en vez de un joven son dos los hombres que anuncian la resurrección; salvo la del camino de Emaús, sólo hay apariciones en Jerusalén; además no hay ninguna en Galilea; Pedro da testimonio de la resurrección.

— En Jn no hay visita de dos o tres mujeres al sepulcro, sino sólo de María Magdalena; ésta no va a ungir el cadáver de Jesús; avisa a

dos apóstoles, Pedro y Juan, que corren a la tumba y certifican que está vacía; María Magdalena queda llorando fuera; se inclina hacia el sepulcro y ve a dos ángeles sentados a la cabecera y a los pies del lugar donde había estado el cuerpo de Jesús; éste se aparece a María Magdalena; no hay mención de terremoto ni de guardias.

Sorprende en extremo al lector cuidadoso que un suceso tan importante en la constitución del cristianismo primitivo como la resurrección de Jesús esté atestiguado de una manera tan confusa y contradictoria. ¿No interesó a la comunidad al principio reunir los testimonios más importantes y contrastarlos? ¿Fue la resurrección un evento de orden espiritual e íntimo de modo que cada uno de los testigos contó a su manera, tal como lo percibía? Volveremos sobre ello en la pp. 228s.

8. Hay algunos casos en los que podemos estar totalmente seguros de que ciertas palabras puestas en boca de Jesús —sin duda por profetas cristianos primitivos— no pudieron ser pronunciadas por el Jesús histórico (pp. 143s). Así, por ejemplo:

- En la sentencia sobre el divorcio, en la versión de Mc (10,12), Jesús dice: «Y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio». La frase señalada con cursiva no aparece en los pasajes paralelos de Mt (19,9) y de Lc (16,18). Es altamente improbable que un maestro (rabino) judío, como era Jesús, la pronunciase, puesto que no está en concordancia con el derecho judío, según el cual sólo el varón puede repudiar (pedir y otorgar un divorcio) y nunca la mujer, quien únicamente padece el repudio. La frase parece, pues, un añadido de Marcos (o de un profeta cristiano) que actualiza un dicho auténtico de Jesús y lo complementa acomodándolo al derecho romano (*donde la mujer sí tiene el derecho de pedir el divorcio*).

- La comparación entre Mt 23,34-36 (Jesús increpa a los habitantes de Jerusalén): «Serpientes, raza de víboras... Mirad: os voy a enviar profetas, sabios y escribas; a unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que recaiga sobre vosotros la sangre... Yo os aseguro: todo esto recaerá sobre esta generación») y el pasaje paralelo de Lc 11,49 (Jesús increpa a fariseos y doctores de la ley: «¡Ay de vosotros que edificáis los sepulcros de los profetas que vuestros padres mataron!... Por eso dijo la Sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y a algunos los matarán y perseguirán para que se pidan cuentas a esta generación...») pone de relieve sin duda alguna que Mateo ha modificado una sentencia original de la «fuente Q» (pp. 321s): identifica a Jesús como la Sabiduría divina, y pone en boca

de éste un añadido a las palabras recogidas por Lucas en las que se refleja sin duda lo que pasó más tarde, ya muerto el Nazareno, entre los judeocristianos y los judíos que persiguieron y expulsaron de las sinagogas a los creyentes judíos en el mesías Jesús.

- La promesa de Jesús de Mt 18,20 («Donde están reunidos dos o tres en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos») es interpretada casi unánimemente como un dicho del Jesús ya resucitado (por tanto, pronunciado por un profeta cristiano que habla en nombre de Jesús porque posee su Espíritu) puesto en boca del Jesús terreno.

- El Jesús de Marcos en 9,41 habla de «pertenecer a Cristo». Es claro que el evangelista ha modernizado, o puesto en boca de Jesús un lenguaje propio de la Iglesia posterior.

Hay muchos casos más que se hallan en los comentarios al uso de los Evangelios, por lo que no es necesario repetirlos aquí. Espontáneamente se plantea el problema siguiente: bastaría con que resultaran probados como ciertos unos cuantos casos de este estilo para que surjan de inmediato las dudas sobre dónde poner el límite a esta intervención de los profetas cristianos primitivos en la transmisión de las palabras de Jesús. De hecho surgen las dudas de los historiadores a la hora de decidirse en pro o en contra de la historicidad en todas y cada una de las perícopas evangélicas.

9. El contenido de algunos relatos de milagro referidos a Jesús tiene un contenido legendario tan fuerte, que es difícil aceptar que ocurrieran así. Ejemplos de ellos son la transfiguración (Mc 9,2-8 par), el caminar sobre las aguas y la tempestad calmada (Mt 14,22-33), la voz celeste que, rasgados los cielos, se oye en el bautismo (Mc 1,9-11 par), las multiplicaciones de panes y peces (Mc 6,30-44 par; Mt 15,32-39).

Estos u otros milagros atribuidos a Jesús ofrecen tantas analogías con otros semejantes relatados de otros héroes de la Antigüedad que el lector crítico apenas puede rechazar la impresión de que se trata de narraciones populares acrecentadas con detalles legendarios, narraciones transferidas a Jesús una vez que éste adquirió justa fama (lo cual no se puede negar históricamente) como sanador y exorcista carismático.

10. Por último: los Evangelios contienen errores históricos comprobables, como demuestra el contraste con fuentes fidedignas externas a ellos. Entre otros se han señalado los siguientes:

- En Mc 6,17 aparece Herodías, la madre de la famosa Salomé (la de la danza de los siete velos), como mujer anterior de Filipo, antes de casarse con Herodes Antipas. La realidad es que Filipo fue el marido de Salomé, por tanto Herodías fue su suegra. Ésta fue la mujer

anterior de otro hermano de Herodes Antipas, mayor que él e hijo de otra madre diferente, llamado simplemente Herodes o Herodes Boeto (no Herodes Filippo, que nunca existió con este nombre).

- En Lc 2,1 se afirma que en tiempos de Herodes el Grande (es decir, antes del 4 a.C., fecha en la que murió este rey) hubo un censo universal ordenado por Augusto, siendo gobernador de Siria Cirino o Quirinio. Ahora bien, no hay constancia de tal censo universal en ningún documento del Emperador, y tampoco es probable que se hubiera producido, dado que Herodes tenía el rango de rey «socio y amigo del pueblo romano», por lo que un censo en su territorio por parte de Augusto hubiera lesionado sus derechos. Cirino fue gobernador de Siria, más tarde. La inmensa mayoría de los investigadores cree que Lucas se refiere «de oídas» al censo de Quirinio del 6 d.C., por tanto unos diez años después del nacimiento de Jesús.

- En la continuación del tercer Evangelio, en Hch 5,36-37, Lucas presenta al rabino Gamaliel (hacia el 36 d.C.) mencionando ya la revuelta de un tal Teudas, que ocurrió de hecho más tarde, hacia el 40-46 d.C. Luego afirma que «posteriormente se levantó Judas en los días del censo» como si este último viniera cronológicamente después de Teudas. Pero de hecho ese Judas vivió unos cuarenta años antes.

- También Lucas, en 23,44, explica las tinieblas a la hora de la muerte de Jesús como un eclipse del sol («Al eclipsarse el sol, la oscuridad cayó sobre la tierra»). Según datos astronómicos, sin embargo, no hubo ningún eclipse de sol en Palestina durante los meses de la Pascua desde el 30 al 36 d.C., años entre los que debió ocurrir la muerte de Jesús (sólo hubo uno el 29 de noviembre en el año 30 o 33, según los cómputos).

- A éstos pueden añadirse errores geográficos evidentes o indicaciones absolutamente improbables como la de Lc 17,11-19 (curación de los diez leprosos), donde la acción transcurre en la frontera entre Samaria y Galilea, siendo así que desde 9,51 Jesús está de viaje a Jerusalén y en 9,52 unos mensajeros suyos entran en un pueblo samaritano para prepararle alojamiento. En Mc 7,31 hay un error muy sonado que indica que su autor debía conocer poco la geografía de Palestina y alrededores. Dice así: «Jesús marchó de la región de Tiro y vino de nuevo por Sidón al mar de Galilea atravesando la Decápolis». Ahora bien, si se consulta un mapa de Palestina y Siria se verá en seguida que tal camino es imposible, puesto que de Tiro al mar de Galilea es dirección sureste, mientras que Sidón está ubicada bastante al norte de Tiro. Además, desde Tiro al Lago no hay que atravesar la Decápolis que queda al sureste del Lago.

El conjunto de estas observaciones, cada una ilustrada con ejemplos, debe poner en claro ante el lector que el análisis y la crítica serena y objetiva son necesarios a la hora de desentrañar el núcleo de verdad que hay detrás de las narraciones evangélicas. No supone esta afirmación en absoluto el mantenimiento de ninguna postura radical. Sin duda alguna, los Evangelios son documentos históricos. Pero no sólo eso. Como documentos históricos contienen mil detalles absolutamente fiables sobre los dichos y hechos, sobre la figura e importancia de Jesús de Nazaret. Pero como documentos de propaganda de una fe contienen, además, otra serie de rasgos que no son históricos.

Es tarea de la crítica y del análisis ponderado y sereno separar unos elementos de otros de modo que reluzca lo que puede afirmarse con certeza histórica que es verdadero. Por consiguiente, a la pregunta que se formulaba al principio de este apartado «¿Podemos fiarnos de los Evangelios?» puede responderse: *sí, pero con las debidas cautelas*. En cada caso, en cada dicho, sentencia o hecho de Jesús, hay que aplicar una serie de herramientas e instrumentos de crítica literaria e histórica (cf. abajo) que nos permitan estar seguros, en cuanto es posible en la ciencia de la historia, de que lo que tomamos por cierto tiene todas las garantías de serlo.

b) Los Evangelios apócrifos

Otra cuestión especial es la que plantean los Evangelios apócrifos. Hay ciertos grupos de cristianos un tanto marginales que afirman que la Iglesia oculta deliberadamente la imagen de Jesús de dichos Evangelios apócrifos, sencillamente porque no le interesa por taimadas razones, o porque la lectura atenta de éstos puede hacer que caigan ciertas ideas sobre Jesús que perturbarían la imagen tradicional. Por ello parece lícito preguntarse: ¿pueden deducirse de los Evangelios apócrifos datos fidedignos para reconstruir la imagen de Jesús? La respuesta puede ser contundente. En primer lugar: la Iglesia no tiene el más mínimo interés en ocultar los Evangelios apócrifos tal como han llegado hasta nosotros. Todas las ediciones modernas de ellos tienen el visto bueno de la Iglesia. Otra cosa fue en los siglos IV al VII en los que se libró una batalla por la ortodoxia en la que muchos apócrifos perecieron o fueron alterados. Si a la Iglesia no le hubieran parecido casi inocuos los restos que han llegado hasta nosotros, apenas si conservaríamos hoy fragmentos dispersos de los Evangelios apócrifos. Dicho esto, salvo contadísimas y muy discutidas excep-

ciones (*Evangelio de Pedro*; *Evangelio de Tomás*, *Papiro Egerton 2*; *Papiro de Oxirrinco* 840), los Evangelios apócrifos en su forma actual no nos proporcionan informaciones fiables sobre Jesús.

Las razones son fundamentalmente dos:

1. Estos textos son casi todos muy tardíos e intentan ofrecer datos sobre aspectos de la vida de Jesús que al principio del cristianismo carecían de interés y que, por tanto, se perdieron. La mayoría de estos Evangelios fue compuesta a partir del 150 d.C., es decir, más de cien años después de la muerte de Jesús. La falta de datos es suplida por la imaginación de sus autores. Los Evangelios apócrifos están llenos de exageraciones inverosímiles, historietas y leyendas evidentes, imposibles de aceptar como históricas por cualquier historiador.

2. Estos apócrifos son casi todos textos secundarios, es decir, al menos en la redacción que ha llegado hasta nosotros están influenciados o dependen de algún modo de los Evangelios canónicos. No tienen, pues, información de primera mano. Algunos otros Evangelios apócrifos independientes, pertenecientes a escuelas teológicas distintas a las de los evangelistas canónicos, o heréticas, parecen recoger sólo tradiciones legendarias que favorecen sus puntos de vista teológicos. Respecto a los Evangelios apócrifos mencionados hace un momento (*Evangelio de Pedro*, *de Tomás*, etc.) hay que manifestar que es hoy opinión casi unánime que pueden contener alguna información fidedigna sobre el Jesús histórico. Pero para alcanzarla es aún más necesaria si cabe una gran labor de crítica y tamización de tales textos. En general puede decirse también que se utilizan sobre todo para *corroborar* ciertas informaciones obtenidas de los textos más antiguos, los Evangelios canónicos.

3. *¿Contienen los manuscritos del mar Muerto información sobre Jesús de Nazaret?*

Es ésta otra cuestión acerca de las fuentes que pueden informar de Jesús sobre la que se interrogan muchos cristianos de hoy. Prescindimos aquí del tema de si en Qumrán se han hallado copias de los Evangelios (tratado ya en pp. 66s). Nos referimos sólo a si los textos propios de la secta esenia de Qumrán (la hipótesis más probable) contienen o no informaciones suplementarias sobre Jesús. A esta pregunta se puede contestar también con rotundidad: no hay información ninguna sobre Jesús ni sobre la Iglesia primitiva en los manuscritos de Qumrán. Fundamentalmente por dos motivos: 1. Los manuscritos del mar Muerto se compusieron antes de la vida pública de Jesús. 2. Jesús no era esenio (cf. pp. 203s), ni sus seguidores tampoco. Los esenios de Qumrán no pudieron tener interés por el movimiento cristiano hasta después de la destrucción del asentamiento de Qumrán en el 68 d.C. Teniendo en cuenta los datos proporcionados por los textos

mismos de Qumrán, por la arqueología y por los estudios de cronología de los manuscritos mismos no puede prestarse la menor atención a obras modernas que interpretan los escritos del mar Muerto arbitrariamente como una historia oculta, en clave, para iniciados, del cristianismo primitivo.

Las obras que han intentado expandir esta idea son todas publicaciones sensacionalistas. Entre ellas, la de M. Baigent y R. Leigh, *El escándalo de los rollos del mar Muerto* (Martínez Roca, Barcelona, 1992), es quizás la más conocida. Otras menos populares por falta de versión al castellano y de un tono pseudocientífico, como la de B. Thiering, (*Jesus and the riddle of the Dead Sea Scrolls. Unlocking the secrets of his life story*) («Jesús y el enigma de los rollos del mar Muerto. Descubrimiento de los secretos de su vida», San Francisco, 1992), y la de R. Eisenmann y M. Wise, (*Jesús y los cristianos primitivos. Los rollos del mar Muerto descifrados*; ed. alemana, Munich, 1993), propalan las mismas ideas. Respecto a estas obras hay que decir simplemente —de la mano de un investigador reciente, H. Stegemann (*Los esenios, Qumrán, Juan Bautista y Jesús*, Trotta, Madrid, 1996, 22ss)— que todo su montaje se basa sobre tres afirmaciones rotundamente falsas:

- La primera: que hasta 1991 sólo se había presentado al público el 25% del material de Qumrán. La *verdad* es que hasta ese momento se había publicado el 80% de los textos, pero en ediciones que esos periodistas o autores parecen no haber conocido. Es más: de los textos más amplios e importantes que afectan directamente a la comprensión del Nuevo Testamento y del primitivo cristianismo se había publicado ya en 1970 más del 90%.
- La segunda: que todo este retraso en la publicación de los manuscritos (del que se ha hecho eco la prensa con tanto escándalo) se debió a maquinaciones del Vaticano, el cual —según estos autores— no tenía el más mínimo interés en que aparecieran los textos para que no se acabara «el negocio eclesiástico». La *verdad*, por el contrario, es la siguiente: la edición de los textos se encargó tanto a investigadores católicos como a protestantes o agnósticos (de los siete miembros del equipo original de edición sólo tres eran católicos). El Vaticano jamás tuvo el control físico de los manuscritos, de modo que bien poco podía hacer para impedir su publicación. El retraso en la edición (por cierto, en la edición de textos menos importantes en general para la interpretación de la historia del cristianismo primitivo que los publicados casi de inmediato) se ha debido exclusivamente a circunstancias personales de los investigadores encargados de ella:

muerte, desgracias o crisis personales, exceso de trabajo en otros ámbitos universitarios, etc., o a problemas técnicos: lo que queda por editar son fragmentos minúsculos, difíciles de descifrar o de encajar en lo que conocemos.

- La tercera: que la cronología de los textos es errónea, que muchos de ellos pertenecen a la época cristiana y que, por tanto, han de interpretarse bajo esta luz: esos textos desvelan la historia secreta y verdadera del cristianismo primitivo. La *verdad*: gracias a los estudios paleográficos (análisis de los tipos de letra y el modo de escribir de los escribas) es hoy irrefutable que el grueso de los manuscritos de Qumrán es anterior al cambio de era, y todos anteriores al año 50/60 d.C. Los análisis, por medio del carbono 14 y de modernos espectrómetros, de pequeños restos de los manuscritos demuestran que la datación previa de los paleógrafos es absolutamente acertada. Si es así, ¿cómo van a desvelar la historia secreta de Jesús, que muere bien entrados los años treinta del siglo I, o del cristianismo primitivo, que como construcción teológica se forma después de esos años, unos textos que son cronológicamente anteriores?

En síntesis: en los manuscritos del mar Muerto no hay información directa y expresa sobre el Jesús histórico, ni tampoco sobre el cristianismo.

III. TRES TIPOS DE IMÁGENES DE JESÚS

Admitida, pues, la historicidad básica de la figura de Jesús y que las fuentes principales para reconstruir su vida son los Evangelios canónicos, sobre todo los Evangelios sinópticos, la moderna investigación (cf. Brown, *Introducción*, 166-168) ha distinguido tres figuras de éste: el Jesús de hecho, el Jesús histórico y el Jesús de los Evangelios:

1. El *Jesús de hecho* estaría dibujado por una relación de «todo lo que nos puede interesar sobre él: fecha exacta de su nacimiento y muerte, detalles reveladores sobre su familia y parientes, cómo se llevaba con ellos y cómo creció, cómo y dónde ejerció su oficio antes de su vida pública, qué aspecto tenía, cuáles eran sus preferencias respecto a la comida y la bebida, si se ponía o no enfermo de vez en cuando, qué humor tenía y si los habitantes de Nazaret lo consideraban su amigo o hasta qué punto lo apreciaban, etc.» (Brown, 166) De esto nada nos dicen los Evangelios, por lo que toda reconstrucción de tales datos es absolutamente aventurada, y en la mayoría de los casos fantasiosa.

2. El *Jesús histórico* es «una reconstrucción erudita basada en una lectura bajo la superficie de los Evangelios que los despoja de todas las interpretaciones, ampliificaciones y desarrollos que pudieron haber tenido lugar en los treinta a setenta años que separaron el ministerio público y la muerte de Jesús de los Evangelios escritos» (Brown, 166-167).

3. El *Jesús de los Evangelios* se «refiere al retrato dibujado por el evangelista. Procede de una disposición muy selectiva del material sobre Jesús con el fin de promover y fortalecer una fe que acerque a las personas más a Dios» (Brown, 167).

El Jesús que nos interesa en esta parte de la guía es el segundo. A pesar de las dificultades que encierran los Evangelios como obras históricas, podemos estar seguros de obtener de ellos ciertas informaciones fidedignas sobre Jesús. El análisis comparativo y minucioso de los datos que nos ofrece la triple tradición sinóptica (Mateo - Marcos - Lucas), la información fiable que puede obtenerse cuando se encuentran datos muy antiguos en el Cuarto Evangelio —datos todos que de algún modo no han podido sufrir retoques «posteriores»—, más lo que podamos inferir de un conocimiento del marco histórico, geográfico, político, religioso y social donde se desarrolló la actividad de Jesús —Judea y Galilea del siglo I— son la base de esta reconstrucción (cap. 9).

IV. CRITERIOS PARA JUZGAR LA AUTENTICIDAD DE LAS TRADICIONES SOBRE JESÚS

Desde que comenzó la investigación histórica sobre Jesús con H. S. Reimarus (pp. 136 y 169), el historiador aplica una serie de *reglas o criterios* para discernir lo antiguo (perteneciente al Jesús histórico) de lo más moderno (interpretaciones, retoques o añadiduras de las comunidades cristianas) en la figura de Jesús presentada por los Evangelios. Esos «criterios» son como normas u orientaciones filológicas a las que debe atenerse todo investigador, pues le ayudan a ir construyendo un conjunto seguro. Los principales son los siguientes:

1. *Criterio de desemejanza o disimilitud*: ciertos dichos y hechos de Jesús pueden considerarse auténticos si se demuestra que no pueden derivarse de, o son contrarios a concepciones o intereses del judaísmo antiguo o del cristianismo primitivo.

Un caso típico son ciertos detalles de la figura de Jesús que contradicen de algún modo lo que luego la fe cristiana pensó sobre él, y que por tanto no es

fácil pensar que sean inventados. Un ejemplo: en los Evangelios la figura del Nazareno tiene un aura de bondad, mansedumbre y serenidad. En Mt 11,29 Jesús mismo afirma ser «manso y humilde de corazón». Por ello cuando el evangelista Marcos (1,41) nos dice que en cierta ocasión Jesús se «enfadó muchísimo» (gr. *orgisthéis*) cuando un leproso le pidió que le curase debemos sospechar que estamos ante un recuerdo histórico: Jesús no era sólo manso, sino también iracundo. Ese dato contradice su proverbial mansedumbre. Nadie se habría atrevido a inventarlo. No es extraño que escribas posteriores enmendaran el texto eliminando el «se enfadó muchísimo» escribiendo «se compadeció». Otro ejemplo puede ser el uso de *Abbá* (arameo, «Padre», en tono familiar) por parte de Jesús (Mc 14,36; cf. Gál 4,6 y Rom 8,15). En la época en la que Jesús vivió este modo de dirigirse a Dios era absolutamente raro. Solían utilizarse otras expresiones como «Nuestro Padre celestial», etc., que guardaban una mayor deferencia y distancia respecto a Dios. En Mt 6,9 («Padre nuestro que estás en los cielos...») se recoge la expresión más usual. Puede sospecharse por tanto que este uso peculiar de Jesús, que va en contra de lo normal del judaísmo de la época, y que no tiene otra razón de haberse transmitido salvo el que Jesús se expresara así, es histórico. Un último ejemplo es la afirmación evangélica de que Jesús no conoce el día ni la hora de los momentos finales del mundo (Mc 13,32). Esta afirmación contradice la noción posterior de que Jesús es un ser divino, que todo lo sabe y conoce.

2. *Criterio de dificultad*. Es una variante del criterio anterior: es muy probable que una tradición proceda del Jesús histórico cuando tal tradición causa muchos problemas a la Iglesia posterior. No es lógico que ésta invente tradiciones sobre Jesús que luego habrían de plantearle dificultades para explicarlas.

Un ejemplo: el bautismo de Jesús. A la Iglesia de finales del siglo I y a la del II causó problemas el hecho de que Jesús, Dios y ser sin pecado, fuera bautizado como un pecador por Juan Bautista para la remisión de los pecados. Parece improbable que una historia tan molesta para los intereses teológicos de la Iglesia primitiva fuera un puro invento de ésta.

3. *Criterio de atestiguación múltiple*: se pueden considerar auténticos aquellos dichos o hechos de Jesús que están testimoniados por diversos estratos de la tradición, por ejemplo, la fuente Q, Mc, material propio de Mt o de Lc, tradiciones especiales recogidas por Jn o por otras fuentes exteriores al Nuevo Testamento si son fiables y muestran una información independiente (por ejemplo, ciertos Evangelios apócrifos como el texto primitivo reconstruible del *Evangelio de Pedro*; el *Evangelio de Tomás*, el llamado *Papiro Egerton 2*; el *Papiro de Oxirrincó* 840). Igualmente debe considerarse como atestigua-

dos múltiplemente los dichos o hechos de Jesús recogidos por *formas y géneros literarios diferentes*, y por tanto de diverso origen.

Un ejemplo: la predicación del reino de Dios como tema central de la actividad de Jesús aparece testimoniado en todas las fuentes (desde «Q» hasta el *Evangelio de Tomás*) y en diversos géneros literarios como parábolas, diálogos didácticos, bienaventuranzas, etcétera.

4. Criterio de *coherencia o consistencia*: se puede aceptar como material auténtico de Jesús todo aquello que es coherente o consecuente con lo establecido como auténtico por los otros tres criterios.

Ejemplo: a partir del uso de *abbá* por parte de Jesús y las diversas menciones a sus ratos de oración se deduce que Jesús predicaba la cercanía de Dios al ser humano.

El más importante de los cuatro criterios hasta aquí enumerados es el número 1 (con su variante, n.º 2). Sin embargo, su utilización exclusiva ofrece flancos para una crítica seria. Es evidente que esta regla es un «criterio de mínimos». Admitir sólo como histórico aquello que no se parezca en nada a la herencia judía de Jesús o al pensamiento sobre él de la Iglesia posterior es inaceptable, porque supondría perder en la imagen de Jesús todo lo que éste tuvo en común con el judaísmo de su tiempo y todo lo que las comunidades cristianas posteriores compartieron con él. La pintura de Jesús deducible de este criterio resultaría distorsionada y sería a todas luces falsa. Hay que complementarlo con otra regla que dé razón de lo que Jesús compartía con su tiempo, pues es hoy comúnmente admitido que Jesús sólo puede entenderse dentro de las coordenadas, sociales, políticas, económicas y religiosas del Israel/Palestina de su tiempo.

5. Recientemente se ha insistido (la idea es antigua y de hecho se ha aplicado siempre) en un complemento a estos criterios que va en la línea de la inserción de Jesús en las coordenadas de su momento histórico. Esta norma de discernimiento puede designarse como *criterio de plausibilidad histórica* y se expresa así: es histórico en la reconstrucción de Jesús aquello que encaje con los datos obtenidos por medio de los cuatro criterios anteriores y contribuya a situar *plausiblemente a Jesús en su contexto y coordenadas judíos*. También será histórico lo que en este contexto y en la figura global de Jesús obtenida anteriormente contribuya a explicar situaciones peculiares del cristianismo primitivo que se pueden aclarar por la influencia de Jesús en sus seguidores. Por tanto, sería histórico en nuestras fuentes «lo que cabe entender como influjo de Jesús en sus seguidores y al mismo tiempo sólo puede haber surgido en un contexto judío».

Curiosamente, este criterio de plausibilidad histórica conduciría más bien a sostener lo contrario al criterio de semejanza, a saber que todo lo que se afirma de Jesús pero no puede encajar en el previsible contexto judío de su época tiene los visos de no ser histórico. Esta observación es correcta, pero la investigación histórica debe ser siempre un modelo de equilibrio y deben conjugarse ambos criterios.

Tras este conjunto de observaciones previas pero necesarias presentamos en el capítulo siguiente una imagen o pintura, en síntesis, de lo que, en nuestra opinión, puede saberse hoy razonablemente del Jesús histórico, el fundamento del Nuevo Testamento. Se trata de un consenso de mínimos basado en el acuerdo entre estudiosos independientes durante más de doscientos años de investigación.

Capítulo 9

EL JESÚS HISTÓRICO SUMARIO DE UNA «VIDA» DE JESÚS SEGÚN UNA LECTURA CRÍTICA DE LOS EVANGELIOS

I. FAMILIA Y FORMACIÓN DE JESÚS

1. *¿Nacido en Belén o en Nazaret?*

Mateo y Lucas nos dicen que Jesús nació en Belén, mientras que los otros dos evangelistas presuponen que su nacimiento ocurrió en Nazaret. Ésta era una tradición bien asentada, pues a Jesús jamás se le llamaba «Jesús de Belén», sino «de Nazaret», y éste era el modo de expresar en la antigüedad el lugar de nacimiento. Jn 7,41s muestra que algunos del pueblo dudaban de que Jesús fuera el mesías precisamente porque no era nacido en Belén: «¿Acaso va a venir de Galilea el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Cristo (= Ungido; «Mesías») vendrá de la descendencia de David y de la ciudad de Belén?».

Bastantes años más tarde de la muerte de Jesús (hacia el 80-90), después —sin duda— de la composición del Evangelio de Marcos (que no trae ninguna narración de la infancia), Mateo y Lucas creyeron conveniente añadir a sus escritos una historia del nacimiento de Jesús. Pero estas dos narraciones (Mt 1-2; Lc 1-2) son tan diferentes entre sí que no pueden combinarse sus datos. Ya sabemos por las páginas anteriores que según los exegetas de hoy día, incluso los católicos, estos relatos son «historias teológicas», es decir, narraciones modeladas conforme a modelos del Antiguo Testamento, que no exponen hechos históricos, sino que son sólo el vehículo de enseñanzas teológicas. En estas circunstancias, ante la contradicción mostrada por los evangelistas en lo que se refiere al lugar de nacimiento de

Jesús, es más verosímil pensar que la verdad histórica se encuentra en la tradición representada por los evangelios de Juan y Marcos: Jesús nació en Nazaret con toda seguridad, y sólo después, cuando se creía firmemente que era el mesías, se compuso la historia de su nacimiento en Belén. Mateo hace vivir a los padres de Jesús por aquellos días en Jerusalén, mientras que Lucas los presenta morando en Nazaret y trasladándose a Belén a causa de un censo imperial. Respecto a este último dato se ha dicho ya que es también inverosímil. Las dos genealogías de Jesús presentadas por Mt 1,1-17 y Lc 3,23-38 son dos tradiciones totalmente diferentes e imposibles de casar entre sí. Fueron pergeñadas separadamente con la intención teológica de emparentar a Jesús con David una vez que la creencia en que aquel era el mesías fue absolutamente firme entre sus seguidores.

En conclusión: lo más probable es que Jesús fuera oriundo de Nazaret y sólo luego se plasmara la historia de que nació en Belén para dar plena justificación a sus pretensiones mesiánicas, de acuerdo con las Escrituras. No hay por qué negar el dato de Mt y Lc de que Jesús naciera en época de Herodes el Grande, poco antes de la muerte de éste, ocurrida el año 4 a.C. Jesús, pues, nació antes de la era cristiana, cuyo inicio erróneo se estableció unos seis años más tarde. Nada se sabe del día de su nacimiento: el 25 de diciembre es una fecha convencional, establecido por la Iglesia para hacer coincidir la fecha del nacimiento de Jesús con la de Mitra o la del Sol invicto. No es posible, como afirma Lc 2,2, que Jesús naciera en los momentos del censo de Quirino, pues éste se celebró en el 6/7 d.C. (Schürer I, 515-549).

2. *La familia y hermanos de Jesús. Educación*

Aunque Marcos y Juan prescinden del tema, tanto Mateo como Lucas insisten en que Jesús nació de una madre virgen. Algunos investigadores han pensado que el origen de esta creencia nació entre los primeros seguidores de Jesús sólo años más tarde cuando se pensó que el texto de Is 7,14 («He aquí que una *muchacha joven* va a dar a luz un hijo...») —referido históricamente al futuro nacimiento del rey Ezequías, hijo de Ajaz—, pero interpretado por la traducción griega de los Setenta como «una *virgen* dará a luz un hijo...») era una profecía mesiánica y, por tanto, aplicable a Jesús. Los Evangelios mismos contienen, por el contrario, tenues alusiones que indican que los que vivieron cerca del tiempo de Jesús pensaban que éste había nacido de modo normal. En Jn 1,45 se dice que la gente conocía al Nazareno por su nombre tradicional de «Jesús, hijo de José, de Nazaret», y

semejantemente, en Lc 4,22 y Jn 6,42, se le llama «hijo de José». Las epístolas genuinas de Pablo, que anteceden cronológicamente a los Evangelios, hablan de la encarnación, pero nunca mencionan una concepción milagrosa ni el nacimiento virginal. Gál 4,4 implica un nacimiento natural y Rom 1,3 no parece hacer ninguna alusión a la concepción milagrosa.

El texto mismo del Evangelio de Mateo, defensor de la virginidad de María antes del parto, implica que la madre de Jesús tuvo una vida conyugal normal al menos después del nacimiento de su primogénito: «Y no la conoció hasta el día en que ella dio a luz...» (1,25). A pesar de los esfuerzos de algunos exegetas por ofrecer una traducción diferente («y sin haberla conocido dio a luz...», basándose en un pretendido trasfondo arameo de la frase griega; cf. p. 79), la versión normal del texto es la arriba presentada. Mt 12,46; 13,55; Mc 3,31-35 y 6,3 aluden con normalidad a los hermanos de Jesús, e incluso citan sus nombres: Santiago (Jacobo), José, Simón y Judas.

Sólo a partir del siglo II, en el Evangelio apócrifo denominado *Protoevangelio de Santiago* (9,2) cuando entre algunos pocos cristianos había tomado ya carta de naturaleza la doctrina de la perpetua virginidad de María, se inventó la teoría de que esos «hermanos» procedían de un anterior matrimonio del viudo José. En el siglo IV, con san Jerónimo, esta suposición fue sustituida por otra más exitosa: basándose en algunos pasajes del Antiguo Testamento (Gn 13,8; 14,16; 29,15; Lv 10,4; 1 Cro 23,22) en los que el vocablo «hermano» podía entenderse como «primo» o «pariente», el término «hermano» en los Evangelios —las referencias a los hermanos de Jesús— se transformó en alusiones a los «parientes» de Jesús. Pero esta teoría carece de base en los Evangelios, puesto que estos escritos fueron compuestos directamente en griego. El vocablo que emplean los evangelistas es *adelphós*, que significa siempre «hermano» uterino; si hubieran pretendido expresar «primo» o «pariente» tenían los evangelistas a su disposición otras palabras (*anepsiós*, por ejemplo), que no hubieran inducido a una innecesaria confusión a sus lectores griegos. La primitiva Iglesia de Jerusalén fue gobernada en sus primeros años por un hermano de Jesús, Santiago, sin que nadie entendiera este parentesco de un modo analógico ni sintiera la necesidad de precisar que no era un verdadero hermano, sino un «primo» o «pariente». Otros representantes de la Iglesia primitiva, el ascético Tertuliano incluido, jamás se interesaron o preocuparon por defender una virginidad perpetua de María. Por tanto, lo más verosímil históricamente es aceptar que Jesús tuvo hermanos en el pleno sentido de la palabra.

No hay por qué dudar del oficio de Jesús y del de José: carpintero, o maestro de obras en general. Jesús fue probablemente a la escuela, sabía leer (Lc 4,16) y escribir, debió de recibir una formación básica en las Escrituras, y tuvo una especial disposición para el hecho religioso. Es posible también que debido a su oficio y al número considerable de paganos que rodeaba Nazaret (cf. cap. 5) que podían recibir sus servicios de carpintero, Jesús supiera algo de griego. Lo suficiente como para defenderse en los asuntos de su negocio. El análisis lingüístico de alguno de sus dichos y parábolas ha conducido a algunos investigadores a afirmar que Jesús conocía el hebreo, la lengua sagrada de las Escrituras, además del arameo, su lengua materna.

3. *Jesús, ésoltero, casado, viudo?*

Aunque casi todos los que rodeaban a Jesús eran casados, los textos evangélicos nada nos dicen, en favor ni en contra, de un matrimonio de Jesús mismo o de Juan el Bautista. En todo caso dan a entender que Jesús era célibe. Este posible celibato del Maestro de Nazaret está sustentado en dos argumentos. En primer lugar *el del silencio*. Jamás se nombra en el texto evangélico la esposa de Jesús, mientras que sí se habla con toda naturalidad, por ejemplo, de la suegra de Pedro (Mt 8,14). Y este silencio no debe interpretarse como una censura, como si los pasajes que hablaran de la esposa de Jesús hubiesen sido eliminados posteriormente, puesto que cuando se compusieron los Evangelios no existía problema especial en mostrar a Jesús como casado, si lo hubiese sido. En *segundo lugar*, y sobre todo, por una interpretación de la sentencia de Jesús «Hay otros que se hicieron a sí mismos eunucos por amor al reino de los Cielos» (Mt 19,12). La exégesis supone que Jesús se aplicaba a sí mismo y a algunos de sus discípulos esta frase. Jesús estaría, pues, no casado para guardar la mayor apertura posible a las exigencias perentorias del Reino —disponibilidad de ánimo, fácil traslado de lugar por necesidades de la predicación, huida de peligros, etc.—, no porque el casarse fuera estrictamente malo en sí respecto a las exigencias estrictas de los momentos antes de la llegada del reinado de Dios.

Hay intérpretes del Nuevo Testamento, sin embargo, para quienes es posible que Jesús estuviera casado. Su primer argumento se basa en las costumbres de aquellos años, sobre todo la arraigada norma de la época que prohibía a todo rabino —y Jesús lo era, aunque no sabemos si estrictamente ordenado o no (por imposición de las

manos)— ser célibe cuando adquiriría su plenitud de varón, digamos antes de los treinta años. Un segundo argumento se apoya en el frecuente trato que Jesús tenía con mujeres, tal como cuentan los Evangelios canónicos. Se interpreta este hecho como que Jesús hubo de ser casado en algún momento.

El tercero se basa en algunos textos evangélicos que contienen algunos indicios de una tradición sobre el estado de casado de Jesús, tradición que más tarde desapareció por diversas circunstancias, sobre todo porque los Evangelios fueron editados —se afirma— en el siglo II, época que en la Iglesia reinaba un enorme aprecio de la continencia sexual. Estos textos son los siguientes: a) las bodas de Caná (Jn 2): el texto adquiere mejor sentido si se piensa que Jesús era el auténtico novio, sobre todo por la preocupación por el vino servido en ellas; b) las palabras de Jesús en la cruz según Jn 19,26: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Enmendando el texto actual darían a entender que Jesús se dirigía a su mujer, no a su madre; c) La primera aparición del Resucitado según el Evangelio de Juan (Jn 20,13): su esposa sería María Magdalena pues, en efecto, Jesús se apareció en primer lugar a esta mujer, quien se dirige a él llamándole «Señor», es decir, «mi marido» según el lenguaje del momento. Igualmente la misteriosa frase «No me toques» de Jn 20,17 tendría un significado sexual; d) Jn 12,3: María (de Betania) unge de los pies de Jesús y los enjuga con sus cabellos, episodio atemperado en la versión de Mt 26,6-13 y Mc 14,3-9.

La tradición sobre un Jesús casado que cree verse tras estos textos, todos del Evangelio de Juan, tiene su continuación en ciertas afirmaciones de los Evangelios apócrifos: En el *Evangelio de Felipe* se lee: «Eran tres las [mujeres] que caminaban con el Señor constantemente, María, su madre, y su hermana Magdalena, a quienes ellos llamaban su consorte. María es, pues, su hermana, su madre y su consorte»: NHC II 59,6-9. Y en pp. 63, 33-37 - 64,3: «La consorte de [Cristo es María], la Magdalena. [El Señor amaba a María] más que a todos los discípulos y la besaba en la [boca] con frecuencia. [Al verlo], los demás [discípulos] le decían: '¿Por qué la quieres más que a todos nosotros?'». En el *Evangelio de María* (10,1-3) se halla lo siguiente: «Sabemos que el Salvador te amó más que a las demás mujeres». El *Evangelio de Tomás* apunta igualmente que la familiaridad de Jesús con otras mujeres era también evidente. Así en el *logion* 61 (pp. 43, 25-28) se lee: «Salomé dijo: '¿Quién eres tú, hombre... Tú has subido a mi cama y has comido en mi mesa'». Es claro que «cama y mesa» significan vida marital.

Respecto a estos últimos textos conviene observar que se hallan dentro de unos Evangelios gnósticos y deben ser interpretados, naturalmente, de acuerdo con las ideas gnósticas. Según el *Evangelio de Felipe*, que distingue entre el matrimonio normal, manchado e impuro, y el espiritual, puro, estos pasajes han de entenderse simbólicamente, referidos al «matrimonio espiritual», no carnal. Los textos indicarían sólo que Jesús tenía un especial contacto espiritual con las mujeres ya que la hembra representa al ser espiritual errante, perdido en este mundo. Tratando con ella, o «uniéndose» simbólicamente con ellas, el Salvador indicaba que redimía a ese espíritu errante. Por otro lado, ciertos Evangelios apócrifos presentan a Jesús como un decidido y enconado adversario del matrimonio. Cuenta el *Evangelio de los egipcios*, frag. 1, que en cierta ocasión preguntó a Jesús Salomé, una de las mujeres que le acompañaban: «¿Hasta cuando estará en vigor la muerte?». Y dicen que el Maestro le respondió: «Durará mientras vosotras las mujeres sigáis concibiendo y dando a luz. Y has de saber que he venido para destruir las obras de la mujer, esto es, la concupiscencia y todas sus secuelas, la generación y la subsiguiente corrupción». Con otras palabras, la venida de Jesús significa la eliminación del matrimonio.

Y respecto a los pasajes del Evangelio de Juan es conveniente recordar que a partir de él, tal como nos ha llegado hasta hoy, no podemos reconstruir con seriedad el presunto texto base en el que se conservaba la tradición del Jesús casado. Tampoco tenemos pruebas de una reelaboración semejante de la tradición evangélica en el siglo II que habría borrado las huellas del matrimonio de Jesús por un amor exagerado a la virginidad. En consecuencia, en este tema del estado civil de Jesús no podemos afirmar nada con seguridad. La hipótesis de que Jesús fuera viudo es simplemente una especulación pura.

De haber sido Jesús un rabino soltero, esta anomalía en el mundo judío de la época sólo tendría su explicación en una mentalidad religiosa próxima en este punto a la de los esenios. Algunos de los miembros del grupo eran célibes y propugnaban este modo de vida para otros. Es claro que una buena parte de la teología de Jesús presenta notables concomitancias con la teología esenia. Teóricamente por tanto es perfectamente posible argumentar que Jesús participaba de este amor por el celibato compartido con los esenios.

4. Jesús ¿discípulo de Juan Bautista?

Los Evangelios no nos ofrecen a este respecto una imagen uniforme. Ni siquiera se ponen de acuerdo sobre si Jesús fue de hecho bautiza-

do o no por el Bautista. Mateo y Marcos lo afirman; Lucas lo niega indirectamente (3,19-21: sitúa la prisión de Juan antes del bautismo de Jesús) y Juan deja el asunto en la duda (cf. pp. 155ss, 384 y 386). Es casi seguro que Jesús fue bautizado por Juan Bautista, pues no es verosímil que los cristianos posteriores hayan inventado esta historia que de algún modo situaba a su maestro en un nivel inferior al del Bautista y arrojaba algunas dudas sobre la impecabilidad de Jesús. Al recibir el bautismo, éste aceptaba la necesidad de la conversión para huir del juicio divino que se avecinaba.

Juan era una, entre otras, de las figuras «mesiánicas» que pulularon por la Palestina de la época (pp. 87s y 90s) y que se enmarcan en lo que se ha llamado «movimientos de renovación o restauración de Israel». Al predicar un perdón de los pecados al margen de la institución cultual del templo de Jerusalén, cuyos sacrificios eran el signo visible de ese perdón, Juan Bautista se enfrentaba implícitamente a las autoridades centrales del judaísmo. Lc 3,15 nos dice que al menos ciertas personas identificaron a Juan Bautista como el mesías. Las vestiduras de Juan y el lugar de su predicación estaban cargados de simbolismo. El Bautista predicaba en el «desierto» —lugar donde se encontraba el pueblo de Dios en tránsito hacia la tierra prometida— en la cuenca oriental del río Jordán. Desde allí exhortaba a la penitencia y a prepararse para la venida inmediata del juicio de Dios (el día de la visita de Yahvé) y probablemente para el subsiguiente reinado de éste en Israel. El bautismo de penitencia y conversión a una verdadera observancia de la ley de Moisés era el rito de tránsito por el que los bautizados ingresaban en el auténtico Israel, en la tierra prometida, al otro lado del río. *Cuando Jesús se bautiza asume las doctrinas de Juan y su marco de pensamiento.* Esta afirmación es importante para situar teológicamente los inicios de la actividad pública de Jesús, marcado por las siguientes ideas: el mundo tal como era hasta entonces se iba a terminar de inmediato; era absolutamente necesario que Israel se convirtiera puesto que el día del juicio de Dios era inminente; pronto vendría una figura divina, «el más fuerte», que instauraría el dominio de Dios sobre Israel; el fin de la conversión era prepararse justamente para ese futuro reinado de Dios que significaba activar la alianza de éste con su pueblo; la ley de Moisés era el marco de esa alianza, por lo que había que observar totalmente la Ley.

Los evangelistas nos dicen que Juan fue encarcelado por Herodes Antipas simplemente porque se oponía a su matrimonio con Herodías, su cuñada (Mc 6,17ss). Pero los motivos de fondo tuvieron que ser diferentes o, al menos, no sólo esos. Flavio Josefo apunta (*Anti-*

güedades de los judíos XVIII 5,2) que Herodes había prendido a Juan porque le tenía miedo políticamente: poseía el Bautista tal facultad de persuadir a la gente que podía fácilmente suscitar una revuelta... mesiánica se entiende. A causa de estos recelos de Herodes, Juan fue conducido a la fortaleza de Maqueronte y asesinado allí. El aspecto mesiánico de Juan y sus peligrosas implicaciones políticas iluminan de modo indirecto la misión de Jesús, parecida a la del Bautista.

Dado que Jesús fue bautizado por Juan Bautista y que el Cuarto Evangelio nos pinta al primero bautizando por su cuenta —cerca del Bautista— a los que se acercaban a oír su predicación (Jn 3,22-23), se puede sospechar razonablemente que Jesús *fue en principio un discípulo de Juan* (Jn 10,40). Atraído por su predicación, Jesús abandonó Galilea y siguió los pasos del Bautista. Por ello la tradición evangélica dibuja a ambos personajes con una luz muy semejante. En Mc 6,14-15; 8,27-29; Lc 1,76 y Jn 1,20 vemos que Jesús era a veces considerado, como Juan, una encarnación de Elías, o el mismo Bautista reencarnado tras su asesinato, y que a Jesús, lo mismo que al Bautista, lo consideraron también el mesías de Israel. Debieron, por tanto, trabajar juntos, movidos por intereses comunes (Mc 11,27-33; Mt 11,16-19). En Mt 4,17/23,33 predica Jesús con las mismas palabras del Bautista (Mt 3,2/3,7). La oración del Padrenuestro, que se atribuye en los Evangelios a Jesús, podría en realidad proceder de Juan Bautista (cf. Lc 11,1: «Enseñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos»), cuya autoría luego se negó y se le traspasó a Jesús.

5. *Formación de un grupo independiente por parte de Jesús*

Presumiblemente, debió de llegar un momento en el que surgieron diferencias entre Juan Bautista y Jesús, por lo que este último se apartó del maestro, y fundó su propio movimiento religioso llevándose consigo algunos de los antiguos discípulos de Juan (Jn 1,40; cf. Hch 1,22). No se conoce la causa de esta presunta crisis, pero se puede sospechar que se debió a uno de estos dos motivos: o Jesús consideró que la predicación de Juan acerca del reino de Dios no era lo suficientemente enérgica y adolecía de algunas oscuridades (por ejemplo: para Juan el juicio divino era inminente; para Jesús había aún un cierto tiempo para mostrar buenas obras), o comenzó a sentir que Dios le indicaba que él, no Juan, era el destinado a proclamar la venida inmediata del reino de Dios. Es muy posible que en estos momentos no se considerara Jesús el mesías de Israel. Esto debió ocurrir probablemente hacia el final de su vida pública, por una evolución

interior. Un reflejo de esta crisis lo tenemos en el relato legendario de las tentaciones del desierto (Mt 4,1-11) en la que se ve cómo el héroe de la historia se retira al desierto a orar y reflexionar. Allí supera una serie de tentaciones que pueden poner en peligro su misión y sale fortalecido, tras vencer al demonio, para asumir su tarea.

Cuando se compusieron los Evangelios las historias que hablaban de Jesús y su relación con el Bautista fueron retocadas por los cristianos en el sentido de hacer de Juan un mero precedente, un precursor, de Jesús (Mc), o un testigo cualificado de la misión de éste (Jn). Incluso algunas narraciones cristianas intentaron cortar los lazos entre los dos personajes indicando que el Bautista ya estaba en prisión cuando Jesús comenzó su ministerio (Lc 3,19 y cf. Mc 6,14). De estos retoques proviene el que no nos quede claro cuál fue exactamente la figura del Bautista y su relación con el Nazareno.

El nuevo grupo de Jesús recorrió la Galilea rural, es decir, Jesús se centró en la gente del campo evitando las grandes aglomeraciones ciudadanas llenas de paganos. Este hecho tiene su sentido porque, como ya indicamos (p. 181), es en ese ambiente campesino en el que Jesús creía que se debía comenzar a predicar el reino de Dios. Los desheredados de la tierra eran probablemente para Jesús los verdaderos israelitas que conservaban las tradiciones antiguas —no los habitantes de las ciudades—, el germen de la restauración de todo Israel. Pero una aclaración: no es que Jesús alabara y prefiriera la pobreza en sí (el reino de Dios, como veremos, es más bien signo de abundancia), sino porque la pobreza actual de sus oyentes los hacía más disponibles para aceptar el mensaje del reino de Dios. Todos los participantes del nuevo grupo dejaron sus familias, incluido Jesús, para dedicarse sin descanso a predicar en pro de la renovación de Israel. Al principio los hermanos de Jesús lo consideraron un trastornado (Mc 3,21) y no participaron de su movimiento. Más tarde, tras su muerte, se agregarían al grupo de seguidores (Hch 1,14). De entre sus oyentes Jesús invitaba a algunos a seguirle de un modo absoluto y exclusivo. De entre sus discípulos, Jesús escogió a doce, que representaban las doce tribus de Israel (Mc 3,16 par.). Éstas eran la base del futuro reino de Dios.

Jesús atraía a muchas multitudes con su palabra. Estaba bien dotado para la retórica popular y tenía una brillante imaginación para componer historias y parábolas con las que transmitía su mensaje. Sobre todo su predicación por medio de parábolas, símiles y mensajes redondos y sonoros dotados de ritmo y, a veces, rima, hacía accesible su pensamiento incluso a los más humildes e incultos. Con este

modo de predicar sencillo e imaginativo Jesús era bien entendido y las gentes retenían en su memoria las ideas centrales de sus sermones. Acompañaba a Jesús mucha gente durante sus misiones de predicación, entre ellas abundantes mujeres, lo cual era excepcional entre los maestros judíos de su tiempo. A juzgar por el Evangelio de Juan, María Magdalena ocupaba un puesto especial entre ellas.

II. EL MENSAJE DE JESÚS

Como ya indicamos, el núcleo de la predicación de Jesús debió de ser al principio bastante parecido al de su maestro Juan Bautista, es decir, daba por supuestas las verdades centrales de la religión judía. Sobre todo primaba en Jesús la creencia en un Dios cercano, a la vez padre y rey de su pueblo, que procuraba la salvación de todos, incluidos aquellos pecadores y paganos que desearan abandonar su mala vida y abrirse al reino de Dios.

Esta idea del Reino y su proclamación a todo Israel conforme a las promesas de la Alianza componían el mensaje fundamental que ocupaba la actividad de Jesús. Un detalle muy importante para comprender este mensaje es observar que Jesús nunca explicita a sus oyentes qué es exactamente el reino de Dios. El Nazareno da por supuesto que todos sus oyentes saben a qué se refieren sus palabras, y tan sólo aclara o glosa algunas de las características más prominentes del Reino en ciertas parábolas (por ejemplo, el Reino es obra soberana de Dios [Mc 4,26]; los actos y preocupaciones humanas no tienen influencia en su llegada maravillosa [Mc 4,3-8]; los criterios para valorar el reino de Dios y de su acción no se corresponden con los humanos [Lc 16,1-8; 18,9-14], etc.).

La falta de explicación precisa por parte de Jesús de lo que él entendía por reino de Dios nos indica que tal concepto no era una novedad de Jesús, sino que representaba lo que los judíos del momento entendían normalmente por él. Reducido a sus términos más escuetos, este ideal del Reino significaba la venida de Dios en poder para reinar sobre Israel, es decir, la actuación definitiva de Dios en el marco de la Alianza —tal como la consignaban los profetas (el «día de Yahvé: Is 13,6; Ez 13,5; Joel 1,1ss, etc.— y aspiraba a la liberación político-religiosa del pueblo judío. Esta acción divina para instaurar su dominio sobre Israel acarrearía la perdición de los que no aceptarían el mensaje, y la postrera y definitiva salvación junto con muchas bendiciones divinas para quienes se hallaren preparados a aceptar el

Reino por la penitencia. Este ideal, que se corresponde totalmente con lo que afirmaba el conjunto del Antiguo Testamento, es recogido por Lucas al principio de su Evangelio, aunque luego se olvida un tanto de él. Dice María, la madre de Jesús, en alusión a lo que hará el fruto de su vientre: «Desplegó la fuerza de su brazo..., dispersó a los soberbios..., derribó a los potentados de sus tronos..., a los hambrientos colmó de bienes..., acogió a Israel su siervo..., como había prometido a nuestros padres» (Lc 1,51-55). El programa que expresa Zacarías, para su hijo Juan —y para Jesús—, es muy parecido y se sitúa en las mismas coordenadas de la antigua Alianza: «Nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo, como había prometido desde tiempos antiguos..., que nos salvaría de nuestros enemigos y de las manos de todos los que nos odiaban» (1,69-74).

Las características del reino de Dios predicado por Jesús son, al menos aparentemente, un tanto contradictorias: es un «reino o reinado de Dios» que se realiza en el futuro, pero con unas ciertas características de comienzo en el presente; es un reino material, que se realiza en este mundo, pero con insistencia en sus elementos espirituales; es un reino con claras implicaciones indirectas en la política del momento, pero su proclamador, Jesús, no parece tener interés por la política, ni por poner los medios políticos para su realización. La ética del Reino anunciado por Jesús es también complicada: predica valores absolutos y eternos, pero lo que más destaca en ella es una moral de seguimiento de Jesús muy exigente y radical, quizás imposible de cumplir, válida quizá sólo para las vísperas inmediatas del advenimiento del reino de Dios. Es preciso explicitar brevemente cada uno de estos puntos. Al considerarlos, se podrá caer en la cuenta de que la imagen de Jesús que de ellos se desprende es un tanto diferente de la que el común de los cristianos imagina.

1. *Un reino para un futuro inmediato*

El «Reino» es una *entidad esencialmente futura*, aún no llegada, «que ha de venir», cierto, aunque de modo inmediato. Ello se deduce de textos muy claros como Mc 1,15; Lc 10,9; Mc 11,9-10: «Se ha cumplido el plazo; el reino de Dios está cerca»; «Bendito el reino que viene, de nuestro padre David». Todo ello es tan evidente que no se puede negar, pero hay otros textos, aún más claros, que destacan ese carácter de futuro del Reino. Aunque se discute si proceden o no del Jesús histórico, al menos muestran que sus más inmediatos seguidores pensaban en un reino para un futuro inmediato, y que esta idea